

MANUEL HERNÁNDEZ PRIETO;

Llegué al Hospital “Prnceps de Espanya. Ciutat Sanitària de Bellvitge”, con mi flamante plaza MIR en Oncología Radioterápica un mes (no recuerdo exactamente cual) ,del año 1988. Reconozco que hice esta elección sin tener una idea demasiado clara de lo que era esta especialidad que actualmente, 17 años después, me apasiona más, estimados compañeros, muchísimo más de lo que podríais imaginar.

El primer día, antes de la incorporación, me recibió la entonces R2 del Servicio, Rosa Ballester, actualmente en el Hospital Germans Trias i Pujol de Badalona, quien me informó de todo aquello que ella consideraba que debía conocer del Hospital y del Departamento . Posteriormente a lo largo de toda la residencia continuaría ejerciendo de “R mayor “ conmigo con toda la rigurosidad docente y todo el respeto profesional y humano a que cualquier R1 debe aspirar. Ese mismo día, o quizás fuera otro, también intercambié unas palabras con nuestro entrañable compañero Joan Pera. Me dijo que él no era el jefe de Servicio, que estaba en funciones, que aquel que lo era se llamaba Manuel Hernández Prieto y que estaba momentáneamente de baja por enfermedad. A las pocas semanas inicié mi rotación por el Hospital ; primero por un Departamento donde durante unos cuatro meses tuve que “capear” con una secretaria loca y histérica que nos trataba a residentes y adjuntos como si fuésemos escoria. Era la amante del jefe de Servicio de Medicina interna por lo que se le aguataba todo. En contraposición también tuve la gran suerte de rotar con un adjunto del que aprendí mucho tanto a nivel profesional como humano. Posteriormente vendría mi rotación por hematología, de un recuerdo profesional y personal notable, especialmente de Alberto Fernández de Sevilla, un mes con el modélico y ecuánime oncólogo médico, Felip Cardenal, y finalmente llegué a mi departamento. Por ese entonces ya me habían contado que Miguel Hernández había sido operado de una neoplasia de colon localmente avanzada. Él ya hacia algunos meses que se había incorporado y tras un primer saludo recuerdo que sus primeras palabras fueron para preguntarme si quería asistir a un curso sobre oncología básica que se hacía en el Hospital de la Santa Creu i Sant Pau. Me sorprendió que casi sin conocerme ya se preocupara de mi formación. Al responderle que si me dijo, que perfecto, que ya estaba apuntado y que dos días después empezaba. En los apenas 3 años siguientes en los que tuve el privilegio de compartir el trabajo diario con él, (desde la visión de un residente disperso y un poco excéntrico que era yo entonces), fui entendiendo que aquello no era una casualidad sino un rasgo más de una persona ante todo generosa y responsable. Junto a tres especialistas de sólida formación en una naciente oncología radioterápica española , Joan Pera, Alfonso Villar y Antonio Arellano, con la importante colaboración de la Jefe de Radiofísica y Radioprotección Mari Cruz Lizuaín , fue capaz de estructurar y dirigir un Servicio moderno de Oncología radioterápica , equiparable en técnicas y conocimientos a cualquier centro europeo de la especialidad, introduciéndose en ese departamento , por ejemplo, a principios de los 80, la simulación con TAC en los cambios de técnica para la protección medular en el tratamiento radical del cáncer de pulmón. También fue el iniciador, fuera de su jornada laboral y sin soporte de su hospital ni de la administración correspondiente, de la puesta en marcha de la irradiación corporal total en Catalunya. Conseguida la docencia, con la colaboración de los especialistas ya nombrados, fue capaz de formar y dar continuidad laboral a un grupo sólido de residentes que durante años han sido y son referentes en la especialidad. Inició una muy prometedora escuela de oncólogos clínicos (pese a quien le pese) , de especialistas en oncología radioterápica sólidos, científicos y profundamente comprometidos con el paciente hasta el punto que en algunos momentos en los que fue necesario llegaron a vivir su trabajo como una

especie de sacerdocio particular . En unos años oscuros para la oncología clínica en España, (por los que algún día todos, en mayor, menor medida o responsabilidad, deberíamos pedir perdón) , que vivía más entregada en una lucha fratricida entre distintos tipos de oncólogos, buscando más el privilegio o el interés profesionalizador que la atención integral del paciente canceroso , supo colaborar de manera ejemplar y sin prejuicio de ningún tipo en el desarrollo de comités verdaderamente multidisciplinarios. Persona de referencia a nivel nacional en el tratamiento de las neoplásicas líquidas, estructuró junto a hematólogos y anatomopatólogos un comité de linfomas que aún hoy, en algunos centros, casi 20 años después, debería empezar a imitarse en beneficio de todos los enfermos.

El diagnóstico de su cáncer de colon coincidió con la decisión de la Generalitat de Catalunya de empezar a preocuparse de la exigua dotación de unidades de megavoltaje en esa comunidad planteando la apertura del llamado Hospital Oncológico , enfrente de la Ciudad Sanitaria de Bellvitge , donde desde hacía un par de años un moderno acelerador y una unidad de cobalto (con la “pastilla” radioactiva correspondiente), parecían dormir aquello que llaman el eterno sueño de los justos. Mientras más de un enfermo neoplásico sufría, se desesperaba, e incluso perdía probabilidades de supervivencia en unas largas listas de espera que la administración negaba. Sería demasiado largo intentar comentar las tristes peripecias de ese Hospital Oncológico luego rebautizado como Duran y Reynals y núcleo principal del hoy flamante Institut Català d’Oncologia(ICO). Probablemente también me faltaría algún dato, así que solo explicaré lo que me pareció ver y entender de lo que viví allí. Recién incorporado en el Departamento asistí a la inauguración de ese cobalto y acelerador, a la puesta en marcha progresiva de una unidad de braquiterapia, y más adelante a las salas de hospitalización de oncología radioterápica, médica y hematología. Incluso tuve el privilegio de inaugurar las guardias de las tres especialidades acompañado de un adjunto también de presencia física. La mayor parte de todo lo descrito fue puesto en marcha con el concurso exclusivo del Departamento de Oncología Radioterápica y de Física Médica del Hospital de Bellvitge ya responsable de una dotación gemela de megavoltaje, un cobalto y un acelerador, en su Hospital. Me parece recordar que Manuel Hernández nos reunió un día a todos y nos dijo que había aceptado hacerse cargo de la puesta en marcha del Duran y Reynals , que no le concedían ningún recurso más (de ningún tipo), para ello y que aunque esto fuera absurdo lo había aceptado dado que la situación del paciente neoplásico que precisaba radioterapia en Catalunya era penosa y que además le habían prometido que progresivamente irían incorporando más especialistas con lo que se veía un futuro cercano para los residentes que se irían formando. Manuel Hernández, además de una persona buena y generosa, desprendía una autoridad y un carisma difícil de explicar y desde aquel día todo el departamento inició un sobreesfuerzo, que entre otras cosas incluyó el transporte, gracias a una autovía que separaba ambos Hospitales, de historias, dosimetrías e incluso a veces pacientes con el propio vehículo o andando. Raro era el día que uno no hacía más de cuatro viajes entre un Hospital y otro. Cuando miro con perspectiva , a través del tiempo transcurrido y recuerdo todo lo visto y aprendido aún me sorprende que Manuel Hernández consiguiera ese entusiasmo, esa respuesta de trabajo en común que llevamos a cabo, sin excepción, todos, (incluyendo a secretarios, camilleros, técnicos, auxiliares y diplomados en enfermería), como la de un hombre solo. Por eso cuando ese uno hace esta reflexión se da cuenta que el ICO, flamante trofeo o condecoración robada que ha lucido y luce en distintas e “insignes” pecheras, nunca hubiera sido posible sin el esfuerzo del hombre generoso que fue Manuel Hernández Prieto. El recuerdo, el mérito y el trabajo del cual sucesivos “personajes” se han encargado de hacer desaparecer.

Restableciéndose de la intervención, recibiendo posteriormente tratamiento oncológico de quimioterapia y radioterapia para la recidiva que pronto se presentó nunca dejó de estar en primera línea del trabajo diario, recordándonos constantemente cual era nuestra obligación para con los pacientes, cual era la razón de nuestro esfuerzo. Años después, en mi primer exilio laboral conocí a un director médico, (esos compañeros de sorprendente movilidad geográfica y cuya única habilidad directiva y de gestión es decir no a todo), que al saber del Hospital que yo procedía me dijo que en toda su vida no se había encontrado con nadie como Manolo (así le llamaban sus amigos), que le hubiera sorprendido tanto, por el que hubiera sentido tanta admiración y respeto. Me contó que durante una visita a su “colega “ director del Hospital de Bellvitge , había compartido unas breves palabras con Manuel Hernández. Éste salía de despacho del director médico , seguramente de hablar ya de la puesta en marcha de la braquiterapia (dos de los residentes ya eran casi adjuntos y además se había incorporado el admirable Josep Lluís Guinot), y acompañaba a los dos burócratas médicos que iban a hacer su café , cuando uno de ellos comentó que se sentía fatal porque aquella noche no había dormido demasiado bien. Manuel Hernández sin alterar esa sonrisa clara y franca que a menudo colgaba de su rostro comentó en voz alta que él tampoco se encontraba muy bien ya que la sesión de quimioterapia que acababa de recibir esa mañana, le había sentado fatal. El director médico que estaba de visita, quien años después me contaba la conversación, recuerda que se quedo mudo, helado, que posteriormente le insistió que les acompañara a hacer el café a lo que Manuel Hernández respondió que gracias, que no podía, que tenía trabajo .

Moriría en su domicilio a la edad de 54 años, pudiéndose despedir de su familia y de sus amigos y bajo la atención médica y humana de su compañero Jordi Craven a quien Manolo le había solicitado que le atendiera hasta el final.

Han pasado ya 15 años de su muerte y en el 25 aniversario de la fundación de la AERO es un honor para mi, que yo mismo me he otorgado, recordar a uno de los coreactores de los primeros estatutos de nuestra asociación o también impulsor de la FESEO, a un hombre esencialmente bueno y extraordinariamente generoso quien en sus últimas momentos legó unas palabras ,(a petición de Jordi Craven), para sus amigos y compañeros de la AERO; “... sobre todo , acordaros de los jóvenes...”, refiriéndose a los residentes de la especialidad a los que siempre tuvo presentes en sus acciones y pensamiento. Aún hoy la Oncología Clínica, (así, con mayúsculas), la que se une y colabora en beneficio del paciente, la que busca siempre el diálogo respetuoso y la colaboración entre especialistas, en España y especialmente en Catalunya sigue en deuda con este excepcional salmantino-madrileño, con este catalán de adopción que fue Manolo Hernández Prieto.